

Saboya, fué tan sólo para que los hijos de su segundo matrimonio no vivieran bajo el cielo de nuestra España. Imaginaos qué bonita cuenta hubiera dado de sus súbditos, si le coge una revolución tan espantosa en España como la terrible que sobrecogió á los nietos de su hermano, el duque de Borgoña, en Francia. Pues bien, junto á los Borbones legítimos de Francia y España, existía en París una segunda rama de semejante familia, rama Borbón también; pero que había tomado por su título el impropio apellido de Orleans. ¿Cual fué la raíz de familia semejante? Luis XIII, inmediato sucesor y primogénito del gran Enrique IV, primero entre los Borbones, tuvo dos hijos, Luis XIV y Felipe de Borbón, duque de Orleans. Felipe de Borbón se casó dos veces; la primera con Enriqueta de Inglaterra, y la segunda, con aquella incansable escritora, princesa palatina, en la cual tuvo á Felipe de Borbón, el Regente. Felipe de Borbón, el Regente, tuvo á su vez otro hijo, llamado Felipe de Borbón, duque de Orleans, quien vivió vida modesta, y murió muerte obscura. El hijo de tal Regente se casó con una princesa de Baden, princesa en la cual tuvo un hijo, quien, á su vez, casó con una princesa Conti. De este matrimonio del nieto del Regente con la princesa Conti, nació Felipe de Borbón en la corte, Felipe Igualdad en la revolución. Este nacimiento en medio de la tempestad, hizole cohonestar ambiciones bien vulgares en las ramas segundas, ambiciones de reemplazar á las ramas primeras, con pensamientos bien falsos, en apariencia de carácter humanitario, y de lucro y de provecho en realidad. Pero, por un conjunto de circunstancias bien superiores á la voluntad individual, Felipe, tan reaccionario como el Rey Luis, su primo, en persona, le dió á su familia un sello revolucionario indeleble. Por tanto, si el destino de la Casa de Borbón es contrariar la libertad y perseguirla, el destino de la Casa de Orleans es falsificarla. No se pueden absolutamente contrariar los destinos providenciales que tienen las dinastías. Una dinastía es una familia de príncipes, que se legan sus ideas y sus intereses, ó bien por el fisiológico nudo de la sangre, ó bien por el moral é intelectual nudo de la educación. ¿Qué familia no representa hoy en Europa los mismos intereses representados por sus antecesores? El Rey de Prusia representa los intereses del primer Elector de Brandeburgo, representa las ideas del Rey filósofo, del gran Federico, la unidad de Alemania por el protestantismo triunfante y la conciencia redimida. El Emperador de Austria magüer Lorena, representa lo que representaba Carlos V y su hermano don Fernando; el predominio en Hungría, en Bohemia, en Polonia, en Italia por el sacro romano imperio y el Catolicismo español. Había en las Cámaras francesas de la Revolución una parte llamada la «Llanura», quien permaneció neutral, mejor se diría indiferente, de suyo, entre los dos extremos enemigos, porque su objeto único fué vivir, aunque para vivir hubiera de unirse al carro de los Reyes, ó precipitarse en el infierno de los clubs. Esta fracción quería unir los extremos: un Dios sin Providencia, una religión sin fe y virtud, un racionalismo sin libertad, una monarquía sin tradiciones, una aristocracia sin prosapia, una demo-

cracia sin igualdad; fracción pequeña en todo, y sólo en su egoísmo grandísima. Esta fracción era esencialmente utilitaria. Y así encontró su representante natural y legítimo en aquellos Orleans, á quienes habían enriquecido de una manera fabulosisima sus padres ó sus hermanos, los Reyes. Por temor á su ambición, creían éstos que, enriqueciendo á los Orleans, jamás los Orleans conspirarían contra el trono. Luis XIII ya enriqueció á Gastón de Orleans; Luis XIV enriqueció más aún á Felipe de Orleans; y así, para contrastar un poco á los Orleans creó dos vínculos para dos bastardos suyos, estos vínculos recayeron en la cabeza de una sola niña, y esta niña, la poderosa duquesa de Ponthievre, se casó con un duque de Orleans. Así, el duque de Orleans fuera el primero entre los propietarios europeos. La realeza legítima levantó una gran muralla de oro al lado de su trono en la familia de Orleans; pero esa gran muralla de oro se desprendió como atronador alud, y destrozó el antiguo trono de los Reyes. Y lo peor no estuvo en que acertase á combatir la dinastía legítima durante la revolución; estuvo lo peor en que no acertó á reemplazarla.

Ninguna ocasión como la fuga de sus primos para que Felipe Orleans tocase la corona con que había soñado toda su vida y por la cual había cometido innumerables faltas. Nacido con todas las ambiciones, poníalas á sus alas el enredo que tiende á cuanto sueña un señuelo como el descarado de los vicios. Cuando tan fácil hubiera sido en aquel tránsito desde los viejos ídolos á las nuevas ideas representar grandes transacciones en la serie de los tiempos entre las edades pasadas y las edades por venir, Orleans no acertó á merecer el trono, pues si supo combatirlo y deshonrarlo, no supo que se combatía y se deshonraba sin remedio á sí mismo. De la Monarquía tuvo el orgullo sin la dignidad, y del pueblo los arrebatos sin las virtudes. No sabía qué camino seguir entre su regia sangre, que le pedía fidelidad al trono, y su interés de ocuparlo, que le imponía ideas revolucionarias. Parecíase á esas figuras contradictorias frecuentes en los juegos populares de las ferias, que por un lado son un arcángel y por otro lado son un diablo. Así, quería la República de Caton, presentando para conseguirla en su tiempo los crímenes y los desórdenes de Catilina. Un hombre de tanto dinero, el hombre más rico de Francia, vivió acribillado de deudas. Un conspirador que tramaba tantas conjuraciones, ibase del seno de las conjuras al seno de las orgías. En su nobleza le gustaba sólo el aparato y en la revolución el ruido. Caballista, gimnasta, una especie de atleta griego, no acompañaba como los antiguos al ejercicio del cuerpo los ejercicios del entendimiento. Si atraía los hombres de mérito á su lado, no era para honrarlos á ellos, para él ufanarse y envanecerse. Faltábale para la política el primer agente, faltábale por completo el valor. En la primera batalla marítima donde se hallara, ocultóse dentro de la bodega del buque, temblando como un azogado y huyendo á los horrores del combate. Una vez que se arrestó á subir en montgolfiero, desistió ante todo el mundo, exponiéndose á lo peor que puede sufrir un francés, á la burla general. Cierta día se desmayó en el Parlamento. Cuando le aflojaron para que respirase bien, halláronse

aquellos que le auxiliaban y desvestían con que llevaba una coraza bajo la camisa. No tuvo más causa el resentimiento con la Reina que haberle llamado ésta hortera, por convertir él en tiendas y almacenes y mesones su jardín del Palacio Real. Y este hombre, cuando las tejas se venían al arroyo y el arroyo se iba por los tejados, abrió información demostrativa de que su origen era plebeyo, pues su madre lo había engendrado en sus deslices con el plebeyísimo cochero de su casa. Dado tal carácter, no debe maravillarse uno de que los cortesanos de la Reina gritasen que apartaran los platos, al pasar por el comedor, llamándole sin escrúpulo envenenador, y que, al descender la escalera, escupieran encima de su cuerpo. Se movía tanto, que le atribuían todas las agitaciones, y ostentaba en tal modo sus riquezas, que imputaban al cebo de su oro cualquier motín consiguiente y connatural á las crisis y á las fases revolucionarias. Con sus tendencias á bajar, deslustró la caridad, y sus dádivas se atribuyeron, más que á movimientos del corazón, á enjuagues de la política. Industriado desde las alturas á mirar como gente de poco más ó menos al pueblo, creía que para ser popular debía también intentar cosas de poco más ó menos. Opuesto á la disolución de los Parlamentos por creerla favorable al absolutismo; combatiente á favor de los americanos y contra los ingleses en el conflicto por la libertad universal; jefe de la opinión en el Congreso de los Notables; audaz, al extremo de atreverse con el Rey en una sesión regia; desterrado de París por sus ideas liberales; bendecido y aclamado en las procesiones que precedieron á la reunión de los diputados del Estado popular; habiéndose llevado una parte del patriciado al pueblo y querido que se votasen las leyes por cabezas y no por clases; responsable ante los reaccionarios de todos los tumultos y enviado á Londres por sus propios amigos para quitarle al trono esa nefasta sombra, parecía natural que á la hora de quedar el trono vacante por la fuga de los Reyes, y el Congreso en disposición de dar á quien le pluguiese la corona, se la cediese; pero muy pocas de sus personas se acordaron del pretendiente, y no hubo medio alguno de que se constituyera, como con los Oranges en Inglaterra, el régimen parlamentario constitucional, que debía reemplazar en la serie de los sistemas políticos y en el curso de los tiempos eternos al antiguo régimen absoluto. Los vicios habían por completo gangrenado al Duque, y le odiaban hasta los mismos que iban á sus orgías y participaban de sus desórdenes y se repartían sus larguezas. Creyó que se compraba la corona como se pudiera comprar un joyel; y las coronas se conquistan ó por la idea, ó por la virtud, ó por la fuerza. Pero ni fuerza, ni virtud, ni menos idea podía ostentar aquel César Borgia sin esplendor, sin gracia, sin hermosura, sin arte, sin grandeza. Pasarán todos sus adeptos y todos sus comensales por el poder y no habrá podido jamás olerlo ni de lejos, aunque les había con sus tentaciones abierto las ganas de gustarlo. Hasta la Historia no lo aborrece, lo desprecia, presentándolo como ejemplo vivo de la derrota del interés y del egoísmo ante las idealidades magníficas del pensamiento y la fecundidad de toda verdadera virtud.

Pero volvamos á la fuga del Rey, incidente gravísimo, en que debían realizarse y se desvanecieron las esperanzas del duque de Orleans. Inmediatamente que supo Lafayette el caso, reunió la Milicia Nacional; é inmediatamente que lo supo la presidencia, reunió también el Congreso Nacional. Pocas veces, en su larga y gloriosa historia, llegó á mostrarse tan dueño de sí mismo éste, como en aquella ocasión suprema. Nada de agitaciones epilépticas, nada de oráculos sibilinos, nada de revolucionarios espasmos, nada de clamores tempestuosos: la calma oponiéndose á la tempestad, el dominio sobre sí á la colectiva neurosis, queriendo salvar al Rey de sí mismo y apartándose del borde de un abismo, en cuyas tinieblas podía perderse para siempre la Constitución, casi concluida y perfeccionada ya. Comprendiendo como el poder había quedado vacante, ocupólo con decisión; mandando á todas las autoridades gobernar so la mano suya y en su nombre. Después comprendiendo cómo el Rey había malherido su inviolabilidad, se propuso restañarla, pues no juzgaba en disposición á Francia de abrazar la República, y modos de cambiar la dinastía, por sobradamente legitimistas los Borbones emigrados, y por demasiado revolucionarios los imposibles Orleans. Así no atribuyó el viaje hacia la frontera de los Monarcas, al voluntario y libre albedrío de ambos, lo atribuyó á un raptó de sus enemigos. Y cuidada que se necesitaba para tal acuerdo, resolución, en vista del mensaje dejado por el Rey al Congreso, y escrito en defensa de su temerario arranque. La contradicción de principios entre la realeza y el Congreso había suscitado el rayo revolucionario, como la contradicción de opuestas electricidades engendra el rayo atmosférico. Pues ni una palabra de tal contradicción, cuyas invocaciones hubieran dado á la catástrofe todas las grandezas y todos los resplandores que lleva en los senos divinos suyos el humano pensamiento. Que la lista civil era escasísima, que los gastos muchos, que las consideraciones guardadas á su Majestad pocas, que no se cumplía la cortesana liturgia, que no se guardaba la etiqueta, que injuriaban su persona, que decían y hacían mil irreverencias: he ahí las principales quejas del representante de cien Reyes, al chocar con aquella condensación de ideas llamada revolución, de que se reunían todas cuantas cruzaron el espíritu, desde hacia tres centurias, hasta el momento aquel tan decisivo. Majaderías, como las de Luis XVI, eran más propias para incitar lástimas que cóleras. Su natural suerte, su indiferencia estoica, su pasividad imperturbable, hacíanle propio para Rey constitucional, de no haber nacido Rey absoluto. Una educación arraigada, un atabismo absolutista, el medio ambiente de fórmulas y costumbres aglomeradas por los siglos sobre aquella sociedad y en aquel espíritu, como zonas de terrenos geológicos por el planeta; su mujer y sus hermanos; toda su dinastía sin excepción, habían hecho de tal hombre paciente, un Rey absoluto, á pesar de ser parlamentario por su bondad natural. Habíanle sobrepuesto sobre sus hombros los siglos y los cortesanos, una carga tal, que le prestaba todas las perfidias y todos los embustes de un tirano débil, a-rastrándole á tantas resistencias y á tantas luchas como si fuera